EL SOL NACIENTE

Manuel Tejedor Rábano

El Sol Naciente

Manuel Tejedor Rábano

avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2023
© Manuel Tejedor Rábano, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-10-7
IBIC: DCF
DEPÓSITO LEGAL:M-28603-2023

La noche estrellada

¡Qué pequeñas y tan poco lejanas están esta noche las estrellas,
que caben todas en mi corazón tan estrellado!
¡Qué frías… como gotas de rocío queman… no más que antorchas,
no más… que lágrimas vertidas… no más que contenidas!

El botín del pirata del día es la palabra noche,
en la cantera duermen las manos del escultor,
el corazón del muerto vuelve a palpitar para la vida,
esplendor verde de tus ojos, crece hierba de tu mirada.

Cuando me hieren, hago poesía para herir.
Yo juego limpio y tú intentas seducirme,
sueña el desierto en el sueño del jardín.

Hay ángeles que no retornan al paraíso,
a pesar de haberlo vivido ya
como un peregrino, solo sé rezar y andar.

Tempestad de otoño

El otoño siente el beso desahuciado en sus carnes enjutas,
el mar bebe sangre de crepúsculo desde mi pálido rostro,
mariposas posan, esbeltas, sus vuelos sobre la hierba
como si el soto fuera el cielo… el cielo está cogido entre tus manos.

No supimos de la crianza del amor en tiernas barricas,
como recién nacido, sin mojarle su madre los labios, murió.
Al abrigo del amor de la lumbre del viejo olvido,
tu despiadada despedida atravesará mis inviernos solos.

Recuerdo el rumor de gemidos lejanos entre la hierba
aplastada bajo tu cuerpo, más verde tendido,
despertando su cielo linfático de truenos y relámpagos.

Amor que holló su memoria en hojas de hierba,
verso de la callada primavera
granizaba miseria y era tan bella la nevada.

Los ojos de los profetas

El mar sabe dormitar sus aguas como la palabra su silencio,
el viento que trajo la tempestad la deshace en brisa.
Escucho el último canto del ruiseñor en el frío amanecer del fusilado,
mi mirada tiembla como ratón acechado por el silencio de su víbora.

Ascender por las agujas de la catedral, de araña de espíritu tumultuoso,
más allá de la altura del jorobado por la belleza de Esmeralda a las campanas.
Desde allí, buscar el balcón del cielo de los suicidas sin sueños,
un viaducto que, de acueducto, conduzca mi sangre al espíritu.

El cielo, no la tierra, se trata con las nubes rosáceas,
deseo explicarte, Dios mío, mas solo el silencio que te explica escuchas,
que los ojos de los profetas que me condenan, como estrellas en la noche, brillan.

La belleza de las estrellas es igual para todos, pero no su soledad.
Ellas saben quién ama y quién odia,
como si un dedo de Dios señalase a aquellos que deben quedar fuera
de la eternidad… mordidos ya por la culebra del silencio.

Haciendo un ramito

Yo me he hecho un ramo con mis flores de muerto,
el tacto de mis dedos ha quedado en el viento desabrido.
He sido el fiel que oraba en el banco de la catedral,
ángel rebelde, ya de viento, que tañía la campana.

He sido la flor que está creciendo sobre mi tumba,
depositada su semilla por la ventisca del amor de Dios,
cuando ninguna mano hacía un ramito para mí,
para entender la primavera sin luchar, no he nacido.

La mirada traslúcida del amor remueve mis carnes desaparecidas.
Los ángeles faroleros van encendiendo luceros de la tarde abatida.
Debo atravesar la noche demacrada con mi rostro ensangrentado.

Los sultanes ciegan, en el harén, a sus músicos ya ciegos,
emasculan jóvenes efebos, que ya han amado tiernamente la carne.
Enero fue el verso del callado otoño,
el vino, colgando desnudo en la parra de hojas caídas,
ya no me emborracha.

Pateando caminos

Flautas de cañas de azúcar para el sonido dulce que surja de mis labios
de bambú para el beso dulce, bajo el sauce del río de una desaparecida,
arpas de cuerdas de mis nervios para tañer mi alma vaporosa.
El otoño está dando sus frutos en la luz y el viento que dejo.

Las nubes perforan el aire. El horizonte sangra otra vida.
La flor del sueño de la noche levanta al alba mariposas.
La flor de tierra desconocida yace en el suelo pateado del camino.
Las nubes perfuman el aire, si susurra suave, bajando de las cumbres.

El mundo espejo del verdadero cielo de entrañas expuestas
a la intemperie del tiempo humano de su dolor de ver caer la arena
del reloj, aislado del tiempo, de copos ensangrentados por el olvido.

La tempestad que nunca fue mía, sino del sosiego del final del camino,
retiene mi corazón, latiendo en sus carnes grises de sangres sobre las velas.
El poeta, como el pirata, funda su propia secta en la belleza del libro sucio
o el sable que no sabe desandar el sendero sin haber herido,
de hojas arrancadas de cuajo de los corazones solitarios,
por el pan de oro, emocionado por la sangre callada,
que cuaja palabras escritas que pueden incendiar el corazón,
arrobado de silencios del ladrón de versos de la vida.

El aguacero

Te importa un aguacero saber si esta noche
un rey llora ante su trono de placer,
tienes respuestas para todos menos para mí.
El miedo amenazador no me abandona bajo la luz del sol.

¡Hagámonos poetas para, de pronto, zarpar como barcos sin rumbos!
El destino consume a los cobardes de juncos junto a la orilla,
no lo son quienes lo consuman en el azar que traiga su poesía.
Los textos de la carne más humana están para ser leídos por humanos.

Tienes respuestas para todo, aunque no sean mis adecuadas.
La blancura de la tarde y de tu tez solo aparecen para ser marchitas,
si la veis en las tierras altas dadle de mi parte un triste adiós.
Eras la más alegre de la fiesta en mi más triste noche hermosa.

Las flores de un instante de dicha en el poniente
se desploman, soñando hacia la eternidad su certeza.
El cielo puede desahuciar mi esperanza en el amor humano
y lucir tan bellamente quieto con su esplendorosa sonrisa sonrosada.

Haciéndome trampas

Esta noche estoy tan triste con el más auténtico de mis yoes.
El cielo se derrumba a mi alrededor, desde sus ojos de gata maúlla,
desabrocha su cinturón de castidad el crepúsculo
para encontrarme desnudo en la aurora.

La muerte, que no necesita hacerme trampas, conmigo juega.
El cielo negro de cueva de murciélagos me espera en la calle.
Escucho mil y un trinos de pájaros, sin verlos en mi mano de cartas,
con alzar el codo de mi última cerveza, bebo mi cielo rubio.

El viento de la traición sopla, desabrido, sobre la carne encallejonada.
La vida, sin darnos limosna, nos prepara una malquerida, deseada muerte.
«¡No te adentres en mi cielo hasta que no cruces tu tierra!»
(una voz en lontananza).

¡Qué dura la vida! «¡Pues, no la tengas!» (me contestan).
Sobre las atardecidas hojas de sus largas piernas, una vagina
debieron haber recorrido alguna vez —sin yo saberlo— mi camino.

Sin azul I

Se llevó el oro del palacio e hizo un pobre cielo dorado,
cuando murió, sin azul, su cementerio fue un infierno.
El condenado que sabe cómo se siente el verdugo
escribe poesía en las paredes de la celda hasta hacerse pájaro.

Palabras para dar vida con que quebrar la muerte venidera,
repartámonos las cartas persignadas por el obispo, ya sin azar
las catedrales implosionan al revés del universo de sus fieles,
si los niños miran de los ojos de las putas sus juegos púbicos.

Cuando el látigo del rayo cruza el rostro de la tempestad,
pone cicatrices en las nubes para que algo sangre por nos
y es que se vive como se muere, dos sangres en una.

Un libro de mil secretos de mil años
acaba de quedar escrito en el cielo
para el que por él allí vaya.

Tatuaje

Ha muerto el brujo, el abuelo, el más viejo de la tribu.
¡Dadme una nueva oportunidad para mi redención!
Aunque luego el castigo sea todavía más duro,
herido por las esquirlas del pedernal de la vida.

En la soledad del universo, Dios, el ateo, creó,
no quería verse como infame ante los santos que pudieran existir,
se desnudaba el cuerpo en cada libro sagrado,
en cada versículo el alma.

El barro de los ángeles no sabía todavía de su rebelión.
Dios nos da una máscara soldada y los buenos días,
no queremos ver, a cara descubierta, infames como ven los santos.
Dios nos da una máscara soldada a un rostro de soledad.

Libres como el gato que solo acepta del amo su servidumbre,
justos como cristos crucificados por lo que pudiéramos ser,
buenos como viejos predicadores en el antiguo camino
con una Biblia descreída, Dios nos da una máscara soldada
a un rostro de soldado.

Murciélagos

Murciélagos lúdicos, surgidos de mi carne de gas de pantano,
derraman en un río su semen de cueva recóndita,
sin saber a qué mar de flujo vaginal va a parar.
Nadie en el horizonte de este mi planeta inexplorado.

Traen por comunión el esplendor de la sangre a las sombras.
Traen por comunión las sombras a la luz de luna de la sangre.
Un cielo nublado de esperma aguarda derramarse.
Una ramera enlutada coloca flores en la tumba de los vientos
de los velos negros.

En la ventana, los murciélagos de cristales no aciertan con la luz,
no hay otro camino que conozcan más que la flor de su vuelo.
Veo caer sus alas en los crepúsculos cual pétalos de invierno.
El rumor de la fuente acalla el silencio de mi frente y me da miedo.

Como lágrimas de mar que ya lloraron en la tempestad
es tan escalofriante el miedo de las estrellas en la noche diáfana,
las campanas tañen en el viento sin noticias de las almas.
El murciélago acaricia de vuelo, rosa mi herida de la tarde.

Las golondrinas rozan la piel terrosa, hirviendo sus alas de surcos.
El murciélago cicatriza el cielo en hileras rojas sin horizonte.
Estoy triste de verlos uno tras otro de aviones de caza sin combate,
el que hace el camino nunca llega,
el que atraviesa el río cae en el fondo de la corriente.
¡Madre, estoy en el horizonte de este mi planeta inexplorado
como el murciélago con cara sin combate!

Hoy no llueve

Enfermo, como para no hacer muñecos de nieve antes que nieve,
agua de regadío que mojara de calavera la tierra de calaveras.
Hoy no llueve porque el cielo me miente con sus gotas.
El tambor de derrotados redobla más dulcemente que el de la victoria.

Hoy no llueve, como si solo existieran las huellas macizas de las montañas,
el viento no agita las hojas del otoño, que sabe muertas.
Sus ojos no aciertan a ver, ciegos de cataratas, la silente lluvia,
se va alguien de camino y el paisaje es ya ciego de viejo.

La noche duerme en casa deshabitada su nueva sombra de gloria.
El lirio se alza sobre la hierba, abandonado a su suerte ciega.
El racimo de uvas cuelga sus lágrimas doradas sin labios dulces de amantes,
enseñadas a alzarse de cuajo desde las entrañas de tierra, al brumoso ocaso.

Hoy el agua no hace de río de mis ojos, resecos de entristecidos.
El viento no comba las espigas de trigo en pan de blanco tierno.
No hay que esperar nada de la vida y, sin embargo, la vida me espera,
yo… yo… donde vayan las nubes… movidas por el viento.

Mierda embetunada

A la ropa limpia nunca le falta sol cobarde,
a nosotros, los pecadores, van a crucificarnos sin bosques.
Me falta poco para llegar al cementerio y sudo
mierda embetunada… ¡es que te cagas!

Decir la verdad es perder las carnes hasta el esqueleto,
asustados hacernos tan bellos hasta encarnarnos lo huesudo.
¡Dios… que la belleza no cree monstruos con mis despojos!
Más allá de los que tú creaste, cerrando el paraíso en un puño.

El secreto de la vida es no contarnos que nos creemos monstruos
no siendo bellos,
por feos nos colocamos la careta de vivir lo monstruoso.
Toda una vida para aceptarte y luego Dios te desprecia.
¡Que el monstruo de la belleza me devore, si aún me quedan carnes!

El centinela lacrimoso

Colocáis uno a uno vuestros centinelas en los callejones,
la luna sale tras la nube negra, como sin miedo.
La vida surge, inesperada, como lágrima contenida,
se vierte en el espejo antes de derramarla el centinela.

Trasunta su cuerpo de carne de fusil en espíritu del verso.
Soy obra de la vida y la muerte y una obra es la palabra
y la obra de la palabra es su poesía, dejándose ver
tras las celosías de las bayonetas, las miradas caladas de centinela.

¡Qué viento tan triste el que no impele barcos de vela,
que no vuela con alas de pajarraco, buscando térmicas,
cometas que no cometen olas al acercarse al planeta,
cornetas que no derraman mareas de las mejillas a tierra!

¡Tan melancólico que no encierra sus pétalos, si se acerca la helada,
que no gime por los goznes de la puerta descerrajada
de tu marcha a otras carnes tan extrañas y lejanas,
que no mueve molino, que no es brisa en la alerta de todo centinela,
se acercan, en la penumbra, siluetas de olvidados soldados desvencijados!

La última rosa

La poesía curva de veneno asimétrico el estómago,
alcanza los últimos rincones de la calavera de la trinchera.
¡Echa una palabra a contracorriente del río, cortando tu última rosa
crea un mundo! ¡Créete un Dios, creando el perfume antes que la flor!

Las campanas tañen con el mismo viento que una vez fue pedo del diablo.
El tiempo siempre me engaña, haciéndome devoto de sus alucinaciones.
Los dioses que sueñan en el sueño del hombre apenas le despiertan
para que la vida de este no les abandone en sus encrucijadas.

Los ojos de la noche en la noche ven tanto que se extravían,
sin poder reencontrarse en el día, de ahí el alba.
Su purgatorio, el anochecer, es solo la caída del velo del que va a ver
sobre sus ojos negros, que como ardiente poesía todo consuman
en crepúsculo y alba sus últimas rosas.

Espantado en el desierto

En el fondo del pozo, las serpientes procrean, lascivas,
desde la sed venenosa de tus ojos hieráticos.
El agua era la dulce madre que nos abandonó,
cansada de brotar de sus entrañas cristalinas.

Creyó aciaga que tu odre de barro, carne de sus carnes,
era el pecado y el escarnio del sediento de boca venenosa.
Mi despellejada piel de serpiente junto al sendero,
hojas caducas del otoño junto al jardín del río perdido.

Me condenó el demonio con o sin el fuego del cielo:
«¡Y no vuelvas nunca más a esta tu tierra
a embadurnar tu piel en el ocre lecho del barro y de las flores,
de los pastores trashumantes es tu carne de lobo o de cordero!».

Remonté la corriente del río en busca del pasado,
entonces me bañaba en sus aguas rencorosas,
pronto iría alguien desconocido, aguas abajo a mi encuentro.
Solo queda la belleza de la sangre del desierto en el pozo.